

SUMARIO.

Amor despues de la muerte, traduccion de la señorita Rejina Uribe (conclusion).—Reflexiones sobre la educacion pública de la mujer en Chile, por Eduvijis C. de Polanco.—Matilde, poesia, por Emiliano Castro Samit.—Folletín: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuacion).—Entre flores, poesia, por Indalicio 2.º Diaz.—Adios, poesia, por P. Ortiz Allende.—Revista de San Felipe, por Luchito.

AMOR DESPUES DE LA MUERTE

(Traduccion de la señorita Rejina Uribe.)

(Conclusion.)

II.

Uno, dos i hasta tres meses pasaron sin que pudiese notarse otra novedad en su estado, que el creciente estrago que sufría su constitucion al rudo embate de los males físicos, unidos a los dolores morales. Cada dia se llevaba en su paso una esperanza del sabio médico, que veía agotarse, en marcha lenta, es verdad, pero continúa, las fuentes de la vida en su jóven i desgraciado amigo.

En tal estado hallábanse las cosas, cuando, atacado el doctor por una enfermedad violenta aunque nó peligrosa, que por aquél entonces reinaba en Milan, tuvo que guardar cama diez o doce dias, que en su inquietud por Cárlos le parecieron siglos. Diariamente iba un criado de su confianza a informarse de la salud de éste; llevaba encargo espreso de verle i hablarle personalmente, i con grande asombro oía el cuidadoso amigo del fiel servidor, que el jóven parecia, no solo mui mejorado, sino tranquilo i alegre.

Repúsose por fin, del todo el buen doctor, i su primera visita fué para Cárlos, encontrándole efectivamente tan mejorado al parecer i con tan plácido i sereno rostro, que casi no se atrevía a dar crédito a sus ojos. Empero, observándole mas despacio, notó que aquella animacion la producía un aumento de fiebre; i ocultando su alarma, le hizo mil preguntas con el fin de averiguar, no ya el aumento de vida cuya traidora causa conocía, sino el motivo de la satisfaccion que brillaba en las facciones del jóven enfermo. Turbóse Cárlos; un vivo encarnado asomó a sus pálidas mejillas, i mas de una sospecha cruzó rápida por la mente del amigo. Viendo, empero, que sus preguntas afectaban dolorosamente al jóven, dejó de hacerlas por entónces, i se despidió hasta el siguiente dia.

A la salida de la casa se encontró con un criado que servía a Cárlos desde su llegada a Milan; le eran conocidas la lealtad i reserva de aquel hombre, i aunque le repugnaba tomar informes misteriosos de un sirviente, el motivo que le impulsaba era demasiado poderoso para no atropellar por todo.

—Jerónimo, le dijo; tengo que hacerte algunas preguntas; pero ante todo exijo injenuidad i fianza.

—Mándeme usía.

—Ten en cuenta que lo que te voi a preguntar interesa mui de cerca nada ménos que a la vida de tu amo; con que así me contestarás sin reserva alguna.

—Sí, señor.

—Dime, pues, ¿qué novedad ha ocurrido desde que yo no vengo aquí? ¿Recibe tu amo algunas visitas?

—Pero, señor...

—Ya te lo he dicho. La vida de tu amo talvez depende de tu franqueza. ¿Viene alguién a ver a Cárlos? ¿Va él a alguna casa de las cercanías?

—Señor, si no os conociera tanto, no os contestaría; pero la vida de mi amo es lo primero. El no va a ninguna parte, pero creo que alguién viene a verle.

—¿Alguién! ¿I cómo... cuándo?

—¿Conoceis aquel pequeño pabellon del jardin... adonde mi amo iba por las noches con la señora?...

—¿I bien?

—Hace solo unos ochos dias que mi amo ha vuelto a entrar en aquella habitacion. La segunda o la tercera vez que le ví dirijirse allí, me pareció oír los suaves acentos de la flauta. Fuíme acercando al pabellon hasta que estuve debajo de la ventana en donde se sentaba la señora; juzgad cuál seria mi sorpresa al oír resonar su arpa acompañando la flauta de mi señor! Apénas me atrevía a dar crédito a mis oídos, porque me parecia imposible aquella profanacion.

—Pero ¿estás seguro, Jerónimo, de haber oído el arpa?

—¡Oh! sí, señor, sí; estuve oyendo largo rato. Era la misma tocata favorita de la señora que yo he oído tantas veces.

—I bien, ¿viste despues salir a la persona que acompañaba a tu amo?

—Nó, señor. El amo salió solo; echó llave al pabellon i se la guardó en el bolsillo, encaminándose en seguida a su cuarto. Yo me habia ocultado entre los árboles para que no creyese que le estaba espiondo; i cuando pasó por cerca de mi escondite pude ver a la luz de la luna que iba tan trémulo i ajitado, que apénas podía sostenerse sobre sus piés, i una palidez espantosa cubria su rostro.

sonata favorita de Julia. ¿Quién sino una mujer puede ser esta acompañante nocturna?

—¿Quién? Va a creer Ud. que le engaño, i sin embargo es la pura verdad. Todas las noches al llegar a cierto pasaje de la sonata, empieza el arpa a resonar como cuando la pulsaban los tiernos dedos de Julia. El cielo, apiadado de mis dolores, permite a su espíritu que venga a consolar a su desventurado esposo.

—Amigo mio, no quisiera ofender a Ud., pero semejante historia es absolutamente inverosímil.

—Luego, ¿no lo cree Ud?

—Soi franco, nó, señor.

—¡Pues bien! Esta noche me acompañará Ud. al pabellon. ¿Conviene Ud. en ello?

—Sin duda.

Pocos momentos despues rodaba la berlina del doctor por el camino de Milan, i al anocheecer de aquel dia estaba de vuelta en Como. Encontró a Cárlos en un estado tal de abatimiento, que le propuso diferir hasta otro dia la visita al pabellon; pero el jóven insistió en su anterior propósito.

—¿Acaso sé yo si me queda todavía un dia de vida? le dijo tristemente. Nó, amigo mio; iremos esta noche misma.

A la hora acostumbrada se dirijieron ámbos amigos al jardin. Al entrar en el pabellon notó el doctor que todo estaba colocado como en vida de Julia. Aun se encontraba sobre un pequeño velador que habia en el centro, los libros que Julia preferia, llenos de señales puestas por su mano; en uno de los ángulos de la habitacion veíase el arpa cubierta con un delgado velo de gasa, como durante la vida de la jóven artista, i la única variacion que se notaba era que en vez de las flores recientemente cortadas, que a un tiempo adornaban i embalsamaban aquel su retiro favorito mientras ella le habitó, se veia ahora en los jarrones que las contenian, los restos marchitos de los últimos ramilletes que talvez ella misma colocara.

Descubrió Cárlos respetuosamente el arpa, i sacando su flauta comenzó a modular aquel tiernísimo preludio que habia oido el doctor la noche anterior. Seguia éste con ansiosa vista los movimientos de su jóven amigo, i un terror involuntario comenzaba a apoderarse de él. Entre tanto continuábase oyendo la flauta, a la cual la agitacion febril de que era presa el jóven hacia resonar de un modo extraño i como sobrenatural.

Mas, ¡oh prodijio! Al llegar al pasaje de la sonata en que habia un acompañamiento obligado de arpa, empezó a resonar débilmente aquel instrumento, i al cabo de algunos segundos, sus cuerdas, como pulsadas por una mano invisible, resonaron con el mayor vigor i claridad. El doctor, con la boca entreabierta i los ojos desencajados de espanto, enjugaba con mano trémula el copioso sudor que baña-

ba su frente venerable, mientras que el moribundo jóven animaba, por decirlo así, con el último soplo de su vida el melodioso instrumento. Acababa la sonata en la flauta con una nota fuerte i prolongada, cuyo sonido se iba debilitando gradualmente hasta acabarse, i en el arpa con un acorde sonoro que hacia resonar todo su diapason. Al espirar el sonido de la flauta, rompióse ruidosamente casi toda la encordadura del arpa, exhalándose del pecho del moribundo artista un grito desgarrador:

—¡Oh! ¡ya no volverá! ¡Aguárdame, Julia! ¡ya... te... sigo!

Dió el doctor maquinalmente un paso hacia el arpa, pero volviéndose de repente se precipitó sobre su desgraciado amigo. Estaba medio tendido en el sillón, en la mas completa inmovilidad, i con los ojos abiertos i fijos en la ventana del pabellon. Pulsóle el doctor; aplicóle a la nariz un pomito espirituoso que llevaba consigo; removióle en todos sentidos; llamóle con los nombres mas cariñosos...

¡Vanos esfuerzos! ¡El desventurado habia ido a reunirse con su adorada Julia!

REFLEXIONES

Sobre la educacion pública de la mujer en Chile. (1)

ESCUELAS PÚBLICAS DE NIÑAS.

Su orijen.—Su estado actual.—Reformas posibles en ellas.

—Comisiones de señoras para fomentar el amor a la instruccion, la moralidad i el trabajo.—Premios.

No podemos entrar en el estudio del orijen de la bienhechora institucion de "Escuelas públicas para niñas" sin echar una lijera ojeada a la historia de los destinos de la mujer i a su condicion moral, durante los siglos que precedieron a la aparicion del Cristianismo, la verdadera época de su rejeneracion i justa emancipacion.

Inútil seria buscar en las primeras sociedades, las que dieron orijen a pueblos que ya no existen i aun en aquellas que descollaron por sus conocimientos en las artes i ciencias, que mandaron sus principios de civilizacion a las primeras naciones cultas que hubo en Europa, a la mujer enaltecida i dignificada por la instruccion i la virtud, por la conciencia de su valer i por el conocimiento de la mision que Dios le deparó.

Aunque ella abrazó, desde el principio del mundo, el dolor i el sacrificio con verdadero

(1) Este trabajo fué dedicado a don Francisco Echáurren, como presidente de la Comisión Visitadora de las escuelas de niñas.

entusiasmo, aunque la ternura de su corazón la obligó a aceptar como una gran merced su dependencia i su esclavitud, el hombre, su señor, no hizo de ella mas que el sér útil a su peregrinacion o el instrumento de sus placeres.

Donde quiera que éste iba, ya fuese en la llanura o en la cumbre de los montes, en el árido desierto o en medio de los fértiles bosques, allá le seguía ella para prodigarle sus cuidados. Pero el hombre, orgulloso con su dominio sobre el mundo material, engreído con las fuerzas físicas de que le dotara el cielo, no miró nunca a la mujer como una compañera de su vida, con iguales derechos a él.

En aquellas edades no se dió a la mujer un solo privilejio; nada se hizo por sacarla de la ignorancia i de la miseria; nada por su conveniencia i dignidad; se le exijia, sin embargo, la mas completa abnegacion, poner su alma i su cuerpo al servicio de su señor.

Nadie pensaba en investigar el derecho con que se la oprimia; ni ella misma se atrevia a revelarse contra la opresion.

Antiguas tradiciones nos pintan a la mujer como la víctima marchando alegre al lado de su verdugo.

* *

Andando el tiempo, la mujer principió a imitar al hombre en el raciocinio; buscó el modo de hacer valer lo que nadie podía quitarle; se valió de sus gracias personales i de su hermosura i entónces apareció en el mundo la *seduccion*.

En ésta estrivó su fuerza.

El hombre se encontró sorprendido, pero de grado o por fuerza aceptó la idea i reconoció el imperio de la hermosura.

La mujer triunfó, pues, en este primer ensayo.

Se quitó algunas de sus cadenas i las tomó en sus manos para aprisionar a su vez al admirador de su belleza.

¡Feliz entónces la que nacia hermosa!... ¡para ella sola era el triunfo!... para las demás, la oscuridad, la muerte!...

Pero aun ese triunfo era efímero como una ilusion.

En los primeros momentos se la erijian pedestales, se le quemaba incienso i se le ofrecian presentes como a una diosa; pero esto era tan solo miéntras estaba tersa la frente, viva i centelleante la mirada, encendidos los colores i mórvidas las formas; mas apénas se marchitaban sus atractivos, volvía a caer en el olvido i abandono.

El hombre ocultaba su vicio de dominacion bajo la máscara de sumisa dependencia hasta el momento en que podía herirla moralmente i marchitar para siempre los bellos instintos del corazón.

Esto lo hacia con arte i con método, haciéndole apurar gota a gota la copa de los deleites i placeres: venenos lentos pero infalibles que hacen que la víctima caiga al abismo de la desesperacion sin haber exhalado ántes ni un lamento, ni un ¡ai!...

Por eso es que el paganismo, déspota por excelencia, abrió templos, donde la mujer, convertida en sacerdotiza, no quedaba por eso a salvo de la tiranía, i a menudo se veía a éstas ir coronadas de flores a la pira del sacrificio.

Siempre la tiranía, concediendo como favor aquello que no podía ya negar; siempre la mujer en mísera condicion, aunque deleitando su espíritu una secreta complacencia al creerse señora del hombre, hasta que en medio de la embriaguez de sus triunfos llegaba el momento del desengaño, del abandono.

* *

Pasan los siglos, i la mujer siempre vendida i esclava, deja una servidumbre por otra.

Se acostumbra a los honores i riquezas; vive en paz en medio de las intrigas i hasta del crimen, i cree, en su oscurecida razon, que no tiene otro destino sobre la tierra.

No hai en el corazón de la mujer, en esta nueva faz de la vida de la humanidad, otro móvil que el placer i la riqueza.

El honor, la moral, la dignidad, el pudor, son palabras muertas para ella, porque se ha tenido cuidado de no dejarle conocer los grandes principios de donde dimanar ni lo sublime de las virtudes que ellas representan.

Una que otra escepcion aparece de cuando en cuando como un rasgo de adorno en la historia de las jeneraciones, pero esas mujeres i sus hechos son meteoros que se disipan con la velocidad del relámpago; aparecen i desaparecen sin dejar mas huella que un débil recuerdo de su pasaje.

* *

Llega por fin el momento en que un Hombre-Dios viene a predicar al mundo i a enseñar verdades desconocidas.

El exalta a la mujer, la purifica i la levanta a la altura del hombre; derrama en su alma los sagrados destellos del entusiasmo; le hace comprender su mision en la tierra i los santos deberes que le impone; la asocia a la sublime obra de la *Redencion de la humanidad*, de la abolicion de toda esclavitud por medio de la práctica de las sagradas máximas del Evangelio.

Desde ese momento la luz divina irradió sobre el corazón de la mujer i bañó su inteligencia, haciéndole comprender que tenía un destino señalado por Dios i que estaba dota-

da de las facultades necesarias para alcanzarlo.

Como la mujer es un sér que piensa i puede progresar en virtud de sus propios pensamientos, principió a encaminar sus esfuerzos hácia un porvenir mejor.

Su entendimiento, ántes ofuscado, nada vislumbraba que pudiera conducirla al verdadero progreso, pero despues de la revelacion de su destino, un campo inmenso, un horizonte infinito se desplegó a su vista.

Desde el principio de esta nueva faz de la existencia de la mujer, principian a aparecer ciertos rasgos que la subliman i engrandecen.

Ya ha gustado de un nuevo alimento i bebido en fuentes puras que le han hecho experimentar un inmenso tedio por las cosas antiguas.

Ya no la fascinan ni el placer ni la riqueza, sino que afianza su soberanía en la ancha base de las virtudes i moral cristiana.

Tiene un ideal en su mente, encarnado por la doctrina de aquel Divino Maestro que vino a iniciar la verdadera época de su emancipacion i quiere realizarlo aun a costa de su vida.

La belleza espiritual ha desplegado sus hermosas alas; ha levantado su misterioso velo i ha dejado ver el verdadero tipo de la mujer.

Ella se ha entusiasmado a vista de este modelo; le ha rendido culto i quiere copiarlo en sus obras i en sus ideas.

En esa mujer, tipo de perfección ideal, ha visto adornada su intelijencia con todos los resplandores del conocimiento humano; su corazón, empapado en un perfume divino, i cada una de sus palabras, cada uno de sus movimientos, cada una de sus acciones, manando virtud i encantos infinitos, pero virtud i encantos que no pasan con el tiempo, que no perecen ni se marchitan con los sucesos humanos, sino que se depuran i perfeccionan en el trabajo i sufrimientos i brillan mas cuanto mas tiempo se pasa.

* *

En consecuencia de esta saludable revolucion en las ideas, principian las iniciadas en las nuevas verdades a odiar lo mismo que habian amado; se despojan de las galas i pedrerías; desprecian los perfumes i arrojan al polvo sus coronas de verbena, emprendiendo su camino con la paz en la conciencia i firmes en la conviccion de que deben de ser madres de la humanidad para enseñarla, para embellecerla, para iluminarla i poner en sus labios la inagotable copa de la felicidad eterna.

Estas ideas que principian a jerminalar en su mente i a ser el móvil de sus acciones, es lo que ha dado a la mujer la verdadera soberanía en el hogar doméstico i lo que le asegura para siempre un gran poder sobre el corazón del hombre.

Efectuada la emancipacion intelectual de la mujer, fué poco a poco i gradualmente entrando en posesion de la verdad, i sus acciones medidas, i reguladas por ella, se hicieron grandes i dignas de admiracion.

* *

Pero como no hai luz sin sombra, ni existe el bien sin que haya tambien mal, se notó desde luego que habia mujeres purísimas que marchaban con la antorcha de la civilizacion en la mano, rodeadas de la aureola de la virtud, haciendo luz en las tinieblas, confortando en los dolores i males de la vida i moralizando con su ejemplo, i que habia tambien otras que buscaban la oscuridad i las sombras, por que desgraciadamente no querian abandonar los falsos encantos del paganismo i sus degradantes placeres.

La primera era la mujer *cristiana i civilizada* que imponia al hombre, en la juventud con su inocencia, en la edad madura con su prudencia i buen juicio i en la ancianidad con la ciencia que da la práctica de todas las virtudes i la calma de quien ha llevado una vida sin mancilla; la otra era la mujer agostada en flor por el hálito abrasador de las pasiones i el vicio, ajada ántes de tiempo por la huella de ilícitos goces i arrojada, como una maldicion viviente, en medio de la sociedad.

Ambas marcharon i marcharán siempre separadas por un inmenso abismo que racionalmente es imposible salvar.

Se conoció desde luego que la única tabla salvadora, el único eslabon que pudiera ligar a las distintas clases de mujeres de que la sociedad de entónces se componia, como a aquellas de que se compone hoy, era la *educacion*. En consecuencia, se principió a dar la parte mas necesaria de la educacion científica i relijiosa a aquellas que estaban predestinadas a vivir en las altas clases sociales, como el alimento necesario para sostenerlas en el buen camino e impedir que pereciese su alma.

A medida que el cristianismo progresaba, a medida que la caridad tomaba diversas formas i nombres para ofrecer a cada uno lo que mas falta hacia a su felicidad, se pensó en que aquellas desgraciadas que vivian todavia en la sombra, aquellas que no llevaban sino el nombre de cristianas, quizá no hubieran sucumbido si se las hubiese instruido en tiempo de sus deberes, si se las hubiese dado un rayo de luz por medio de la instruccion, si no se las hubiese mirado siempre con indiferencia o desprecio.

Se pensó, pues, en educar a las pobres, en llevar hasta las que se llaman hoy mujeres del pueblo los beneficios de la instruccion i buena educacion.

Hé aquí el oríjen de las *Escuelas gratuitas para niñas*.

I como los gobiernos saben mui bien que la mujer es la base o centro moral de la familia, como ésta lo es de la sociedad i por consiguiente de los pueblos, se empeñaron de dia en dia, i con justísima razon, en educar mejor a la mujer, para que de ese modo contarán las naciones con muchas mujeres de corazon e intelijencia, de moralidad i de trabajo, que supiesen guiar a sus hijos por los senderos de la luz i del bien, procurando hacer de cada uno de ellos un elemento de felidad i progreso para la nacion o estado en que viven.

Valparaiso, 14 de enero de 1876.

EDUVIJIS C. DE POLANCO.

(Continuará.)

MATILDE.

(EN EL ÁLBUM DE MI AMIGO CONRRADO VICO R.)

¿Has visto por ventura, entre los astros
Que decoran la nave celestial,
¡Ai! cruzar de repente un meteoro
Deslumbrante de luz i claridad? . . .
—¿Sí? . . . Pues mui mas hermoso es de Matilde
El lánguido i tiernísimo mirar,
Si sonriendo de amor i de ventura
Me dice "¡cuán dulcísimo es amar!"

¿Has visto por acaso entre las flores
Juguetear el aura matinal,
Deslizar un secreto en sus corolas
I sus pintados pétalos besar? . . .
—¿Sí? . . . Pues mas tierna, vaporosa i pura
Es Matilde, la Diosa del amor,
Si al lanzar un suspiro, entre mis labios
Un dulce beso deposita en pos.

¿Has visto aparecer entre celajes
El alba de rosada i pura luz,
Reflegarse en la nieve de los Andes
Al descorrerse el nocturnal capuz?
—¿Sí? . . . Pues son mas hermosas i hechiceras
Las mejillas del ángel de mi amor,
Si, palpitante de emocion, las tiñen
Los celestes pinceles del rubor.

¿Has visto, en fin, entre dorados sueños
Realizarse del alma la ilusion,
Convertirse en bien del paraiso
El ideal que finjiera el corazon?
—¡Sí! . . . Pues Matilde es mas hermosa i bella
Que ese algo que se forja la pasion,
Sus caricias tiernísimas i puras
Cual caricias del ángel del amor.

Tal así un soñador me pintaba
El objeto ideal de su amor,
Ideal que en el alma fulgura
Cual reflejo de un mundo mejor.

EMILIANO CASTRO SAMIT.

FOLLETTIN.

LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LURECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

Es necesario que la fatalidad, ciega i desapiadada, haya descargado uno de sus mas rudos golpes sobre la desventurada Blanca, para que a su edad, — contaria apénas veintidos años, — i con su hermosura, que una reina habria envidiado, hubiera adquirido tal indeferencia por el futuro, siempre enriquecido con risueñas esperanzas para los que lo contemplan, como nuestra heroína, desde los primeros escalones de la vida.

Esta indiferencia es natural i lójica cuando una larga práctica del mundo va trayendo, unos en pos de otros, desengaños i decepciones, que concluyen por secar en el corazon la fuente de todo sentimiento, i en el alma la voluntad de toda aspiracion.

Unicamente a la desgracia, pero una de esas desgracias abrumadoras que tienen la fuerza del rayo, le es dado el triste privilegio de envejecer mas rápidamente que los años.

¿Blanca Mendoza habria sido la víctima de tan insondable infortunio?

No queremos ni debemos adelantar nada: el desarrollo de los acontecimientos que vamos narrando, explicará el enigma.

Entretanto, volvamos a Tagaltahua, el que, sentándose en un banco al lado de la jóven i mirándola con aire entre amable i provocativo, la dijo:

—¿Será necesario contentarse con su silencio, señorita Blanca? Bien: yo lo tomo como favorable para mí. Soi, pues, el favorecido. . . si es que vosotros, agregó dirijiéndose a sus compañeros, no teneis nada que decir.

Nadie contestó a la interrogacion del cacique.

Todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.